

# Antología de textos clásicos

## El poder del canto de Orfeo

- ADMETO.— [...] Y si tuviese la lengua y el canto de Orfeo, para conmover con mis canciones a la hija de Deméter o a su esposo y poder sacarte del Hades, descendería allí y ni el perro de Plutón, ni Caronte sobre el remo, conductor de almas, podrían retenerme, antes de volver a llevar tu vida hacia la luz.

Eurípides, *Alceste*, 356 y ss

## Orfeo conmueve a los dioses infernales

- El resultado fue más penoso que el augurio. Pues, mientras corretea (Eurídice) por la hierba acompañada por una muchedumbre de náyades, la recién casada muere tras haber recibido en su talón el mordisco de una serpiente. Después de que el poeta rodeo (Orfeo) la lloró suficientemente en los aires de arriba, para no dejar de tantear también las sombras, se atrevió a bajar a la Estige por la puerta del Ténaro y, a través de gentes sin peso y de espectros que habían recibido sepultura, llegó ante Perséfone y ante el señor que gobierna los pocos atractivos reinos de las sombras y, tañendo las cuerdas para entonar un canto, dice así: «Oh divinidades del mundo que está colocado bajo tierra, al que caemos todos los que somos creados mortales, si es lícito y permitís que, dejando de lado los rodeos de una boca engañosa, diga la verdad, no he bajado aquí para contemplar el oscuro Tártaro ni para encadenar la triple garganta, que tiene culebras por cabellos, del monstruo meduseo; la causa de mi viaje es mi esposa, en la que inoculó su veneno una víbora al ser pisada y le arrebató sus años de crecimiento. Pues me empeño en poder soportarlo y no diré que no lo he intentado: ha vencido el Amor. Este es un bien conocido en las regiones de arriba; dudo si también lo es aquí. Pero con todo conjeturo que aquí también lo es y, si no es inventado el rumor de un antiguo rapto, a vosotros también os unió el Amor. ¡Por estos lugares llenos de temor, por este enorme Caos y el silencio del extenso reino, os pido, tejed de nuevo el apresurado destino de Eurídice! Todas las cosas son debidas a vosotros y, demorándonos un poquito, más tarde o más pronto nos apresuramos a una única sede. Hacia aquí nos dirigimos todos, esta es la última morada, y vosotros gobernáis los más amplios reinos del género humano. También ella, cuando en su madurez haya vivido los años que le correspondan, estará bajo vuestra jurisdicción; como un regalo os pido su disfrute. Pues si los hados niegan el permiso a mi esposa, tengo la certeza de que no quiero volver: gozaos con la muerte de los dos». Mientras él decía tales cosas y tañía las cuerdas que acompañaban su canto, las almas sin sangre lloraban; y Tántalo no trató de alcanzar la huidiza agua, y la rueda de Ixión se quedó parada, y las aves no desgarraron el hígado, y las Bélides desatendieron sus vasijas, y te sentaste en tu roca, Sísifo. Se dice que entonces por primera vez las mejillas de las Euménides, doblegadas por el canto, se humedecieron de lágrimas, y ni la real esposa ni el que gobierna las profundidades son capaces de decir que no al que suplica y llaman a Eurídice. Estaba ella entre las sombras recientes y avanzó con un paso lento a causa de la herida. El rodeo Orfeo acogió a esta a la vez que la condición de no llevar atrás sus ojos hasta salir de los valles del Averno; o habría de quedar sin valor el don.

A través de los mudos silencios cogen un sendero inclinado, empinado, oscuro, lleno de negras tinieblas. Y no estaban lejos del límite de la tierra de arriba: aquí, temiendo que le faltaran las fuerzas y deseoso de verla, el enamorado volvió los

ojos; y al punto ella cayó hacia atrás y, tendiendo los brazos y luchando por ser cogida y por coger, la desgraciada nada agarra a no ser el aire que se retira. Y ya, al morir por segunda vez, no emitió ninguna queja acerca de su esposo —¿pues de qué se quejaría a no ser de que era amada?— y dijo el último «adiós», que aquel apenas recibió en sus oídos, y fue a parar de nuevo al mismo sitio.

Ovidio, *Metamorfosis* X, 1 y ss

### **No hay que tener prisa**

- A los rígidos dueños de las sombras  
pudo ablandar con cánticos y ruegos suplicantes  
Orfeo, al reclamar a su querida Eurídice.  
Su arte que había arrastrado selvas, aves y rocas,  
que había producido tardanzas a los ríos,  
a cuyo son las fieras se habían detenido,  
aplaca con su insólito canto a los de abajo  
y resuena más clara en los sordos parajes.  
Lloran a Eurídice las jóvenes de Tracia.  
Y la lloran los dioses, tan duros a las lágrimas,  
y los jueces de frente demasiado sombría  
que investigan los crímenes y descubren a reos de otros tiempos  
llorando por Eurídice ocupan sus sitios.  
Al fin «Cedemos» —dice el señor de la muerte—.  
«Marcha hacia arriba, pero con una ley que yo te impongo:  
avanza tú detrás a espaldas de tu hombre;  
tú no te vuelvas a mirar a tu esposa  
hasta que el claro día no te muestre a los dioses  
y esté ante ti la puerta de Ténaro en Esparta».  
El verdadero amor odia las dilaciones, no las soporta:  
y, al tener prisa por mirar a su prenda, la perdió.  
El palacio que pudo ser vencido con cánticos  
vencido podrá ser por la violencia.

Séneca, *Hércules loco*, vv. 569-591